



---

## **UN NUEVO PACTO SOCIAL INTERNACIONAL<sup>1</sup>**

---

CONSEJO DE CONFERENCIAS EPISCOPALES DE EUROPA (CCEE)

ENCUENTRO DE LOS OBISPOS RESPONSABLES  
DE LAS CUESTIONES SOCIALES EN EUROPA

Zagreb, 8-10 de junio de 2009

S.E. Mons. Giampaolo Crepaldi  
Secretario del Consejo Pontificio Justitia et Pax.

---

<sup>1</sup> Traducido del original italiano por el Secretariado de la Comisión Episcopal de Pastoral Social (Conferencia Episcopal Española)

1. 2008: *annus horribilis* para las finanzas y la economía. Año todavía peor para los pobres. Es esta segunda consideración que anima a la Iglesia – la jerarquía, los organismos eclesiales a nivel universal o particular – a abordar temas de carácter técnico como el de la crisis financiera con relación a la financiación del desarrollo, objeto de la Nota publicada por el Pontificio Consejo Justicia y Paz el 18 de noviembre pasado (*Un nuevo pacto financiero internacional. Nota acerca de finanzas y desarrollo con vista a la Conferencia promovida por el Asamblea General de las Naciones Unidas en Doha*).

Con un documento de este tipo – en el caso específico aprobado por la Secretaría del Estado – se ha pretendido ofrecer un instrumento de diálogo para la búsqueda de soluciones eficaces de la cuestión de la financiación del desarrollo, cuestión que se ha vuelto, debido a la crisis actual, todavía más problemática, con grave incidencia, precisamente, sobre los más pobres.

La Nota en cuestión – ver [www.vatican.va](http://www.vatican.va) o bien [www.pcgp.it](http://www.pcgp.it) – es, en cierto sentido, paradigmática de la manera de proceder del Consejo. Ya la crisis alimentaria, que se manifestó con la expresión incluso violenta del gran malestar de muchas poblaciones pobres en la primavera del año pasado, había sido estudiada con particular atención (cf. *Nota informativa acerca de la crisis alimentaria*, mayo 2008, en [www.pcgp.it](http://www.pcgp.it)). Por consiguiente, uno de los temas sometidos al juicio del Santo Padre para el Mensaje del Día Mundial de la Paz 2009 fue precisamente el de la vinculación entre pobreza y paz (*Luchar contra la pobreza, construir la paz*). Con posterioridad, al manifestarse la crisis financiera y en antesala de la apertura de la Conferencia de la ONU acerca de la financiación del desarrollo para un nuevo examen del *Consensus* de Monterrey, se presentó la exigencia de reflexionar acerca de la nueva situación, también con vista a la contribución de la Santa Sede a dicho encuentro. Han sido convocados algunos especialistas, esencialmente economistas y diplomáticos, los cuales, juntos, han examinado las causas de la crisis y sus probables consecuencias negativas sobre la financiación del desarrollo y han formulado algunas propuestas para solucionar esta situación tan compleja.

Sería oportuno, pues, enmarcar la Nota acerca de las finanzas y el desarrollo entre aquella otra acerca de la crisis alimentaria y el Mensaje para el Día Mundial de la Paz 2009. Teniendo en cuenta, obviamente, la diferente naturaleza y autoridad de los tres documentos, es interesante constatar la progresión, más bien tempestiva, a decir verdad, en la oferta de instrumentos sencillos de discernimiento de las “cosas nuevas” que se han sucedido en los últimos meses en el ámbito económico y social.

2. Es difícil, si no imposible, presentar una síntesis del documento que, en pocas páginas, concentra temas complejos y numerosos. Baste con recordar dos puntos esenciales y llamar la atención sobre un elemento: el protagonismo renovado del Estado, es decir, en cierto sentido, la reaparición de la política, ofuscada, durante decenios, por la economía.

Una preocupación que se ha demostrado correcta se expresa en las primeras líneas de la Nota: las previsiones acerca de las *consecuencias, nefastas, de la crisis financiera en un doble frente, el de la disponibilidad de los fondos para el desarrollo y el de la organización de la Conferencia de la ONU en Doha*. Esta última, de hecho, ha sido vaciada de importancia por la participación, decididamente menor, de las naciones ricas, que habían debatido los mismos temas en el estrecho círculo del G20, convocado, de forma extraordinaria, pocos días antes. Las circunstancias, y no sólo éstas, han impedido a los países pobres abordar junto con los ricos cuestiones contingentes, estructurales y sistémicas acerca de las problemáticas internacionales de vital importancia para ellos.

Un segundo punto esencial es el comprender la *calidad estrictamente moral de la crisis financiera*. Varias veces la nota vuelve a la exigencia de recuperar la *verdadera* naturaleza de las finanzas, que es la de “favorecer el uso de los recursos ahorrados ahí donde éstos favorecen la economía real, el bienestar, el desarrollo de todo el hombre y de todos los hombres”, que es la de constituir un “puente” entre el presente y el futuro. La situación actual – subraya la Nota – es la consecuencia de una “crisis de confianza” todavía más significativa porque la confianza ha desaparecido precisamente en el sector considerado más seguro, el de las transacciones interbancarias, y “sin esta confianza, todo se para, incluida la posibilidad de un funcionamiento normal de las empresas productivas”. En la transmisión de esta crisis un anillo importante es el de los mercados *offshore*, cuyo rol, afirma la Nota, está escondido, pero resulta crucial, al haber favorecido “un entramado de prácticas económicas y financieras alocadas”. Ciertamente, desde el punto de vista moral, la problemática financiera global muestra dos caras: la emergencia de la crisis global y la inadecuación de las finanzas para el desarrollo, inadecuación que Benedicto XVI ha traducido en “escandalosa desproporción de orden cultural, político, espiritual y moral entre los problemas de la pobreza y las medidas que los hombres disponen para solucionarlos” (Mensaje de la Paz 2009, n. 13). Sin embargo, la faceta moral actúa también en positivo: el documento, de hecho, reconoce el doble rol de la sociedad civil en la financiación para el desarrollo por un lado y en la educación al comportamiento responsable en materia de consumo por el otro.

3. Del documento en examen merecería ser puestos en evidencia otros puntos importantes. Nos limitaremos a mencionar uno: el del tiempo. Si la crisis ha madurado en un contexto de decisiones en el cual el horizonte temporal de los responsables financieros era cortísimo y en el cual estos mismos responsables – sometidos a horas de trabajo larguísimo y estresantes – eran presionados por el objetivo de perseguir resultados a breve plazo, de la misma manera, en el intento de poner los primeros frenos a la crisis, los gobiernos de muchos Países afectados han intervenido rápidamente.

He aquí el renovado protagonismo del Estado del que se ha hablado más arriba. Comenta la Nota: “Los Gobiernos de los Países afectados por la crisis han adoptado

una variedad de medidas que implican un retorno masivo del sector público en aquellos mismos mercados financieros que, en los últimos decenios, habían sido desregulados, privatizados y liberalizados”.

Para restaurar, además, la confianza, resultan esenciales el rol del Estado y, ahí donde resulte apropiado, el rol de la comunidad internacional: ¡la soberanía nacional hoy no es suficiente! Sin acuerdos, reglas y transparencia fijados y respetados, los mercados financieros no funcionan. De aquí la propuesta de un nuevo pacto financiero internacional”. Se trata de poner la internacionalización al paso con la globalización.

Finalmente, por lo que tiene que ver con la financiación del desarrollo que corresponde a la ayuda pública, es tarea de los gobiernos de los países ricos dedicarle cada año las cantidades previstas en los respectivos presupuestos. También aquí se juega la partida de carácter moral: mantener los compromisos asumidos con honestidad e inteligencia significa inyectar en el motor del desarrollo aquella confianza de la que los países más pobres, en su mayoría africanos, tienen una necesidad absoluta.

4. No cabe duda de que esta crisis financiera y económica nos interpela en profundidad y, mientras nos hace sentir más vulnerables, solicita nuestra responsabilidad. Todos sentimos que se trata de mucho más que de una crisis económica y que es preciso un cambio de rumbo, pero los cambios de rumbo implican siempre mucho más de unas simples políticas económicas. También el Santo Padre, Benedicto XVI, se ha dejado interpelar por la crisis económica, acerca de la cual se ha pronunciado a menudo. Recientemente, lo ha hecho durante el coloquio con los sacerdotes romanos, el día antes del primer jueves de cuaresma, afirmando: “Nosotros debemos denunciar aquella idolatría que se pone en contra del verdadero Dios y la falsificación de Dios con otro dios, “Mamón”. Debemos hacerlo con valor, pero también de manera concreta, porque los grandes moralismos no ayudan, si no reciben sustancia del conocimiento de la realidad”.

Precisamente por esta razón, el pontífice ha preferido concederse más tiempo para examinar la crisis económica antes de publicar su nueva encíclica social, para evitar moralismos sin sustancia. La doctrina social de la Iglesia no es un moralismo, no consiste en una serie de deseos éticos o de esperanzas edificantes proyectadas sobre la realidad social y económica, sino es el encuentro de la luz de la fe cristiana con las obras de la razón, como dice Benedicto XVI en su *Deus caritas est*. La fe acepta lo que la razón dice en su propio campo, pero la purifica y la hace capaz de responder mejor. Lo mismo puede decirse de esta crisis económica: las ciencias económicas o políticas juegan su papel, que resulta insuficiente, como demuestra el hecho de que no han sido capaces de prever nada de la crisis actual. Cientos de centros de investigación dedicados exclusivamente al estudio de los *trends* financieros y económicos no han sido capaces de darnos un atisbo de terapia preventiva, de manera que todo el mundo debe perseguir ahora una crisis que ha cogido a todos desprevenidos. Evidentemente, es preciso tener otra luz, que vuelva

a iluminarnos acerca de la naturaleza de la economía y de su función. Esto, sin embargo, exige a su vez que se ilumine, en primer lugar, la naturaleza de la persona y el sentido ético y religioso – y no sólo técnico – de su actuar. Benedicto XVI, en otra de sus intervenciones acerca de la crisis que ha dado mucho que hablar – estaba inaugurando el Sínodo sobre la Palabra de Dios – ha dicho que sólo la Palabra de Dios permanece en eterno, mientras que todas las demás riquezas pasan, como demuestra la crisis financiera en acto. No se trata de retórica religiosa: la crisis demuestra que la economía no es capaz de regirse por sí sola, sin los cimientos de un sistema de valores de referencia que la trascienda, es decir, sin los cimientos de un sistema de valores de referencia no puramente económico. Cuando éste no se da, la economía es incapaz, por sí sola, de reconstruirlo. La economía no se salva sola, como han pensado, durante mucho tiempo, los partidarios de la “mano invisible”.

5. La crisis non interpela. Hay que verla, por tanto, como una ocasión, pero entendiendo bien este término. Muchos, sobre todo los partidarios del “decrecer” y del “post-desarrollo”, consideran incluso bienvenida esta crisis económica, porque nos obligaría, según ellos, a revisar muchos de nuestros comportamientos demasiado finalizados al crecimiento, es decir, a la producción y al consumo y no a la austeridad y al respeto de los recursos. Puesto que condenan el crecimiento en sí, estos autores ven en la crisis la derrota del modelo de crecimiento y la ocasión para invertir el rumbo. No es en este sentido que yo considero la crisis una “ocasión”. No niego que la crisis abra también espacios interesantes para racionalizar nuestros hábitos económicos, pero no me siento capaz de aplaudir una crisis que pone de rodillas a trabajadores y familias, impidiendo ayudar a los países pobres. Una especie de cinismo ideológico puede llevarnos a pensar que es mejor que el sistema caiga, porque este mismo sistema constituiría el origen verdadero de todos los males. La doctrina social de la Iglesia sabe que existen unas “estructuras de pecado” y unas dinámicas sociales que, a veces, parecen imponerse a las personas, pero no cree que exista el “sistema” impersonal y mecánico, en cuanto la historia queda en las manos del hombre. No debe guiarnos, por tanto, ningún pesimismo antropológico, sino un realismo de la esperanza.

Sin embargo, también yo considero que la crisis es una ocasión, no para apuntar hacia un “decrecer”, sino para volver a adueñarnos responsablemente del crecimiento. La crisis nos obliga a pensar y a volver a proyectar, a darnos nuevas reglas y a encontrar nuevas formas de compromiso, a apostar por las experiencias positivas y a rechazar las negativas. La crisis es una ocasión de discernimiento y de nuevos proyectos. En esta clave, confiada y no resignada, pienso que la crisis puede constituir realmente una ocasión, si de verdad queremos que así sea. Y en esta ocasión la doctrina social de la Iglesia debe tener un rol de importancia fundamental.

6. Una clave de lectura aclaradora es ofrecida por el principio de subsidiariedad. Bien mirada, la crisis financiera nace precisamente de la negación de este principio. Las

finanzas deberían ser subsidiarias con respecto a la economía real y no viceversa. Los bancos y las bolsas deberían ser subsidiarios con respecto al sistema productivo y no viceversa. Las hipotecas deberían ser subsidiarias con respecto a las familias y no viceversa. Las reglas y los controles deberían ser subsidiarios para garantizar todo esto y no funcionales a todos esto. Como se ve, no se ha respetado el principio de subsidiariedad, a nivel de las causas mismas de la crisis. También en las respuestas a la crisis, sin embargo, no se respeta siempre dicho principio. Las intervenciones de los Estados en el capital de los grandes bancos o de las grandes empresas pueden nacer de razones de urgencia. Sin embargo, sigue siendo preferible, en línea teórica, ofrecer ayudas indirectas más que directas. En cualquier caso, las ayudas ofrecidas de forma directa deberían prever claramente el carácter de suplencia y temporalidad y no constituir una nueva presencia estable del Estado en la economía. La crisis, entonces, es una ocasión para volver a pensar los fundamentos de las finanzas, para hacerlas de nuevo funcionales a la producción, como el Pontificio Consejo Justicia y Paz ha afirmado en su *Nota* con vista a la Conferencia de Doha acerca de la financiación del desarrollo de diciembre pasado.

7. Me gustaría tocar un último aspecto del problema que es para mí particularmente importante: la crisis es una ocasión para volver a pensar la economía teniendo en cuenta las exigencias de los pobres y llegando finalmente a reconocerlos como un recurso y no como un lastre, según las conocidas palabras de *Sollicitudo rei sociales*. La crisis hace concreto un peligro: que se acaben las financiaciones para el desarrollo, ya precarias. Muchos países no han respetado la obligación asumida de dedicar el 0,7 de su propio PIB a dicho fin y la anulación de las deudas de los países pobres ha sido interpretada a menudo no como añadida, sino como incluida en dicho 0,7. Todos vosotros recordareis que el Santo Padre ha aceptado la compra de los primeros bond del proyecto lanzado por el entonces Canciller británico Gordon Brown, para el *International Financing Facility for Immunisation*, enviado, el 7 de noviembre de 2006, al cardenal Martino a la City londinense para comprarlos. Con la crisis actual se corre el riesgo de que las finanzas para el desarrollo, incluidas las innovadoras, se sequen. Es preciso pensar a salir de la crisis no sólo reactivando los sistemas financieros de los países desarrollados y emergentes, sino también parando la volatilidad de los capitales y el escándalo de los paraísos artificiales y de los bancos *off shore*, numerosos y muy difusos. En esto caso no tengo grandes esperanzas: sé que, para alcanzar estos objetivos, es necesario un amplio consenso, puesto que, a menudo, también países como Italia claman contra los paraísos artificiales, pero, de hecho, los acogen y los usan. Sé también que su supresión debería llevarse a cabo en un mismo momento, para evitar que la desaparición de un paraíso artificial beneficie a otro. Si duda, no es fácil. Sin embargo, es el momento: si no cogemos la ocasión, será por nuestra culpa. La necesidad de cambiar las reglas para conseguir que también los pobres accedan al mercado es un interés del mercado mismo.
8. Para concluir esta intervención, me gustaría recordar algunos pasajes de *Quadragesimo anno*, la encíclica escrita por Pío XI en 1931, en plena depresión posterior a la crisis del septiembre de 1929. Resulta sorprendente cómo esta

encíclica, considerada superada durante mucho tiempo, viva hoy una nueva juventud. No debemos entregar nunca al pasado con demasiada facilidad lo que afirman las encíclicas sociales. Pío XI decía que se había formado un “despótico dominio de la economía en manos de pocos, del que éstos disponen a su antojo” (n. 105). Es clara la referencia a la nueva clase de los *managers*. Esto ha destruido el mercado, según Pío XI, mercado sustituido por “la hegemonía económica, el internacionalismo de los bancos o imperialismo internacional del dinero, para el cual la patria es donde se está bien” (n. 109). Resultan claras, por tanto, las referencias al poder de las finanzas y a una completa falta de responsabilidad. Según Pío XI se había llegado a esto por tres razones: la primera – actualísima – es el deseo desenfrenado de “fáciles ganancias”, de manera que éstos, “mediante la especulación sin frenos hacen subir y bajar los precios según su capricho y avidez (n. 132)”; la segunda – también ésta muy actual – es la culpa de los legisladores: “Las disposiciones jurídicas, finalizadas a favorecer la cooperación de los capitales, mientras dividen la responsabilidad y reducen el riesgo en las negociaciones, han favorecido el más lamentable arbitrio y, al amparo de una sociedad que denominan anónima, se llevan a cabo las peores injusticias y los peores fraudes” (n. 132); la tercera, relativa a la dimensión cultural de la crisis: “de aquí nació una ciencia económica separada de la ley moral y, por consiguiente, se quitó el freno a las pasiones humanas. Aconteció, pues, que muchos más que antes fueron los que se preocuparon sólo de aumentar a toda costa su fortuna” (n. 133). Una lectura en profundidad, ésta de Pío XI, y muy instructiva. Como se ve, la doctrina social de la Iglesia no propone soluciones, pero tiene mucho que decir.